

El
mar
de
Cholula
y
sus
alrededores

Paola Medina, 2019.
Texto para mí y para todos mis amigos

Es jueves y hace un calor insoportable.

Ayer bailé hasta que me dolieron las rodillas y el sol empezaba a asomarse poco a poco. Ahora son las 11 de la mañana y me arrepiento de absolutamente todo. Cholula de Rivadavia es así, es muy divertida solo la mitad del tiempo, la otra mitad es triste (triste y avergonzada y arrastra los pies hasta el Bancomer más cercano y mira muy decepcionada su estado de cuenta). Cholula de Rivadavia es muchas cholulas, pero este jueves solo les voy a compartir sobre la mía porque es la única que conozco bien, de las otras solo me han contado rumores.

He salido de casa en un intento de recordar como funcionan mis extremidades inferiores y he pedaleado buscando acercarme a ese lugar de donde provienen todas las aves blancas. Dejo mi departamento atrás y me encamino por las calles de adoquín llenas de flores y colillas de cigarro.

De Rivadavia es un lugar paradisiaco para muchos, este año lo nombraron la mejor ciudad joven para

vivir (y los cholultecas están furiosos). Los cholultecas fundaron esta milenaria civilización (que de civilizada no tiene mucho) hace demasiados años como para si quiera concebir que alguien pudiera llamarla “ciudad joven”. La fundaron con su honor, con su valentía, con su fe, con su sangre. Y se sostuvo. Se sostuvo y se sostuvo tanto que mírenla que bonita se sigue viendo todavía. Todo iba que volaba hasta que un mal día decidieron fundar una casa de estudios y desde entonces los cholultecas no han vuelto ha sonreír.

Jóvenes de todas partes del mundo han llegado a estudiar, a explorar y a comprobar si aquellas lejanas historias de la antigua ciudad son ciertas. Pasan un par de años aquí dedicándose a lo suyo: aprenden a fumar, a hacer arroz y pasta mediocre, compran un par de muebles, un par de problemas y en cuanto finalizan sus clases … se van para nunca más volver. Uno que otro despistado y torpe para las mudanzas termina quedándose, volviéndose parte del paisaje; inaugura su tienda artesanal de lo que sea y dedica el resto de sus días a intentar aprender cómo ser un cholulteca de verdad (sin nunca lograrlo, evidentemente, nadie se “hace” cholulteca).

Durante su breve estancia, los jóvenes aprendices han logrado transformar zonas completas del territorio. Se han apropiado de ellas, se las han comprado a los nativos a precios carísimos y con

contratos extraños; y han hecho de ellas lo que han querido. Edificios de departamentos blancos se erigen en cada cuadra (yo, con mucha pena, debo admitir que vivo en uno de ellos) y placitas comerciales florecen como dientes de león en el pavimento. Los niños extranjeros de tierras remotas han construido, en este sacro territorio, su patio de juegos.

Yo, como niña forastera también, camino por las calles con un privilegio incómodo. Mi extranjería no es tan despampanante como la de otros, pero no hace falta un experto para señalarme con el dedo. Ni si quiera pedalear me hace sentirme mejor, mi bicicleta no tiene ni un portabultos para llevar los mandados, ni un portaniños para llevar cholultequitas con mochila directo a la primaria. A pesar de ello creo que, dentro de todo, no soy de los peores ejemplares. Los cholultecas y yo tenemos una relación decente y respetuosa. Yo me asumo como ajena y ellos inclinan la cabeza para darme los buenos días.

De Rivadavia es entonces una ciudad tan vieja como mis antepasados y tan joven como yo. Es un lugar generalmente soleado (insoportablemente soleado), con esporádicas temporadas de lluvias y esporádicas temporadas de fríos intensos entre noviembre y enero. Las noches y las madrugadas son frías también, siempre; y el aire es tan seco que

te parte los labios en invierno y en otoño y en verano y en primavera (en Cholula nadie besa bien).

El clima es tan seco porque estamos a la mitad de una isla desierta, desierta, desierta. Quizá por allí tuve que haber iniciado la descripción de esta ciudad ancestral... Cholula es una isla que flota a la mitad de la nada. Y por “de la nada” me refiero a de-la-nada; nadie está muy seguro qué hay en los límites de la civilización... los cholultecas son demasiados precavidos para explorar y los jóvenes conquistadores están demasiado cómodos para molestarse en caminar más de lo que deberían. De Rivadavia flota en medio de lo desconocido, y aunque todo el mundo dice que “seguramente es mar” nadie está del todo seguro.

Sin embargo, sí tenemos un mar que visitamos, el mar de Cholula, que se encuentra nada más y nada menos que debajo de la “pirámide” con una iglesia amarilla en la punta que tanto aparece en las postales de aquí. Cuatro accesos, uno por cada punto cardinal, permiten la entrada al cuerpo acuífero más maravilloso y mejor escondido del mundo. Es por esto que todos asumen que nos rodea más océano azul, pues si no... ¿de donde saldría este cachito de mar? El agua es salada; pero demasiado bonita como para ser una laguna. Solo alguien demasiado estúpido y con la sensibilidad chueca tendría la osadía de llamarle “laguna”, “lago” o “cenote” al gran y espléndido océano cholulteca.

Con una profundidad de 70 metros y contando, y 400 metros de diámetro, acompaña en dimensiones a la pirámide/domo; convirtiendo a De Rivadavia en la ciudad con el mar más pequeño y la pirámide más grande del planeta (y así nos va). No tenemos mucha fauna pero sí mucha flora, a pesar de la poca presencia de luz solar, cientos de algas y arrecifes cubren el suelo marino y son habitados por los pocos peces, moluscos y pulpos del ecosistema. Es una comunidad chica, pero sana y armónica. El Azul, es azul. Muy azul. No como el Caribe, ni como el Pacífico, ni como el Mediterráneo. Es un azul más moradoso y menos turquesa, más brillante y menos gris. Es una cosa que se tiene que ver.

A pesar de lo que pudieran estar pensando, el mar de Cholula se respeta por todos como si fuera deidad (porque quizá lo es). Ni siquiera los niños revoltosos se atreven a insultarlo o a profanar sus aguas. Podrán desbaratar las calles, los bares y sus departamentos blancos; pero al mar se llega sin correr, sin gritar y sin empujar. Se nada despacio, en silencio y en soledad. Nunca se llegan a ver más de 20 personas en todo el horizonte, al llegar y ver que la cuota regular ya está cubierta, uno se retira con los hombros un poco caídos, pero sin hacer mucho escándalo, “*otro día será*”. El mar de Cholula los ha visto llorar a todos y enamorarse a todos, el mar de Cholula ha visto demasiado como para saber por dónde empezar a contarlo.

Pedaleo entonces hacia el Azul, lo adivinaron bien, pedaleo con calma bajo el sol ardiente y siento como poco a poco mis hombros y mis mejillas comienzan a cambiar de color. En el camino me cruzo con algunos amigos y algunos perros callejeros, que saludo por igual. “*¿Qué tal te amaneció?, ¿directito a sanar al mar?*” (me gritan los primeros mientras los dejo atrás, riéndose de mí). Los perros, por el contrario, no me regresan nunca el saludo, pero yo jamás me doy por vencida.

De Rivadavia tiene eso también, perros. Miles de ellos. Se juntan en manadas de 5 o 6 y habitan las banquetas con una placidez de envidia. Son criaturas plenas, de verdad. Cuando los cholultequitas aún son muy pequeños, sus padres les cuentan historias de terror donde les advierten que, si no se portan bien, el Azul los va a convertir en perros callejeros. Los niños salen a la calle y al ver tantos de ellos, no les queda más remedio que creerlo. “*Sí, sí hijo, es en serio. ¿Ves ese de ahí, el blanco con manchas? ¿Apoco no se parece a tí? Eso es porque ese era un primo tuyo que tú ya no conociste porque hacía tantos berrinches que a tus tíos no les quedo de otra, más que dejar que el Azul hiciera lo suyo*”. Y los cholultequitas lloran y lloran sentados en las bicicletas de sus padres y hermanas mayores.

Sigo avanzando cuerdas mientras el viento me revuelve el pelo, pegándomelo a la cara y llenándome la nariz de un potente olor a cigarro.

Ugh. Ayer fui con todos a un lugar donde se baila, pasando el mar. Y aunque a mis ojos aún les arden las luces rosas de anoche, ha valido mucho la pena. Acá siempre vale la pena. El alcohol es barato y a la gente no le importa mucho lo que haces. Todos están demasiado borrachos o demasiado extasiados o demasiado tristes para poner atención. En Cholula nadie besa bien y todos están, en el fondo, un poquito tristes: los cholultecas por la herida de la conquista y los conquistadores por vivir con la plena certeza de que este lugar es una burla, que no existe en realidad, que nada de lo que hagan aquí importa y que nada se llevarán de la ciudad ancestral más que un dolor crónico de rodillas y el compromiso de amar a mucha gente que no van a volver a ver jamás; además, extrañan mucho a sus padres (y a la sensación de pisar tierra firme).

Después de unos 20 minutos, por fin me encuentro en el Acceso Poniente. Me siento sucia, oliendo a fiesta, llena de sudor y empanizada con las cenizas del volcán. Pero a pes... ¿Cómo que qué volcán?, ¿no les he hablado del volcán? Perdónenme, no es posible que vayamos ya en esta página sin haber mencionado al más grande de todos.

De Rivadavia está cerca, peligrosamente cerca, de un inmenso volcán; que en cualquier momento de encaprichamiento podría arrasar con todos y cada uno de nosotros. In-cre-í-ble, ¿no? Todos los habitantes nos hemos acostumbrado cínicamente a

este hecho, y vivimos nuestro día a día sabiendo que Don Goyo está mirándonos con sospecha, esperando el momento preciso para acabar con este desmadre de colonia posmoderna que él jamás autorizó.

El volcán es estudiado y monitoreado constantemente por la gente de la ciencia, quienes aseguran que verlo hacer explosión sería un fenómeno verdaderamente raro, que no hay de qué preocuparse. Pero Don Goyo adora ser protagonista, y no pasan muchos días sin que dé caprichosas señales de humo, suelte pequeñas fugas de lava y fuego, o que nos lance un par de piedras diminutas. Don Goyo no permite ser olvidado y menos por un montón de idiotas que creen que pueden venir a plantarse en una tierra que no es suya. El volcán mueve el mundo por debajo de nuestros pies y exige el respeto que se merece por tan poderosa responsabilidad.

Yo argumento que esta consciencia de finitud es la que ha permitido a Cholula seguir existiendo. El sistema que manejamos y la vida que llevamos no es de ninguna manera sostenible. La única forma en la que podría llevar sobreviviendo tantos años, sin la más remota preocupación por el futuro, es sabiendo con toda seguridad de que todo esto podría desvanecerse en ríos de lava y nubes ardientes en cualquier instante (por lo menos yo sé que no bailaré como bailé ayer si no pensara que existe la posibilidad de no amanecer mañana). El infinito

“ahora” es parte fundamental del encanto cholulteca, tanto como el alcohol barato, tanto como las manadas caninas, tanto como el Azul.

En fin, como decía, llegué asquerosa, requemada y con un beso de ceniza directo de Papá Volcán. *“Buenos días, Don, ¿qué tal todo?”*. *“Todo bien hija, ¿y tú?, te veo cansada, ¿a dónde fuiste anoche?”*. *“Uy, mejor no le cuento, Don”*. *“Ay niña, ándele, váyase a esconder al agua antes de que me enoje”*. Dejo mi bicicleta encadenada a uno de los muchos lugares de aparcamiento para ciclistas y camino el largo pasillo del Acceso Poniente.

El aire es 4 veces más denso y hay 30% menos oxígeno dentro del domo piramidal; si la gente no hace destrozos dentro del azul, no es solo por respeto a las pocas cosas sagradas que tenemos aquí, sino también porque los pulmones no les darían para mucho. El cambio en la respiración obliga al cuerpo a calmarse, a entrar en sintonía con la siempre tranquila marea y a azularse el pecho y los pies. Los pasillos de los accesos son para eso, para aclimatarse. Una oleada de calma me relaja el rostro cuando llego al final del túnel y observo que no hay más de una docena de personas bañándose y sentadas en la orilla.

Gracias, de verdad.

hhsssssshhhhhh



Camino hasta llegar a mi lugar de siempre y me siento en la oscurísima arena. El domo/pirámide de Cholula es una estructura porosa y con huecos, permitiendo que un poco de Sol caliente el agua y broncee mis piernas cansadas. Mis ojos apenas alcanzan a ver el otro lado del mar, hormigas diminutas llegan por el Acceso Oriente y se instalan con sus toallas y sus sillas de colores. Mis ojos se sienten pesados por el desvelo y la pedaleada y se cierran sin remedio ante la respiración del Azul. Las olas nunca golpean con fuerza (no hay mucho viento ni mucha luna que las altere), y solo alcanzan a salpicar un poco la punta de mis pies.

El mar canta quedito, acompañado por el eco de las pequeñas conversaciones de los otros bañistas; la acústica aquí es impresionante, por eso la gente procura hablar en susurros. Nada de música, nada de vendedores de mangos ambulantes... si aquí no cuidamos nuestros decibeles, la gente del Acceso Norte fácilmente podría enterarse de todos nuestros secretos. Como podrán imaginar, este es el único mar techado conocido por la humanidad, el único mar que nunca ha visto llover. De Rivadavia es, por consecuencia, el único lugar donde uno corre a la playa para refugiarse del aguacero que nos pescó a media calle.

El olor a cigarro se ha ido, y con él, el dolor de rodillas, y con él, la poquita tristeza cotidiana, accesorio de todos los días. El Azul te obliga a

conversar contigo mismo, es por eso que a mucha gente, en realidad, no le gusta venir aquí, les incomoda el encuentro. Las obligadas preguntas que se sienten en la garganta y el silencio del mar que no habla mucho y solo escucha (lo escucha todo), pone a algunos un poco tensos, con todo y la pesada atmósfera que parecería capaz de ablandar a todos los cuerpos. Yo, como siempre, flojita y cooperando.

He estado pensando en lo mucho que te voy a extrañar cuando me vaya.

...

Sí, si he pensado que me voy pronto.

...

No sé, creo que me estoy empezando a encariñar de más, y prefiero no, ¿sabes?

...

Bueno, tú sabes de muchas cosas, pero seguramente no sobre la noción de encariñarse de más. Tú viajas, tú no eres el mismo cada vez que vengo a verte, tu has estado en lo desconocido y has vuelto ileso.

...

He estado pensando en lo que hubiera sido de mí si no hubiera llegado hasta aquí. Si me hubiera quedado en casa, o si me hubiera ido a otro lugar pegado al continente, o si Don Goyo hubiera hecho erupción anoche.

...

Muchas cosas, ¿no?

...

...

Después de varias horas de cantar desconsolados, me despido del Azul sumergiéndome hasta el pelo; y así, empapada y un poco mareada, salgo por el Acceso Poniente, donde mi bicicleta y la tarde noche del jueves me esperan.

“¿Mejor, hija?”. “Sí, Don, gracias”. “Te ves linda con el cabello mojado, se te ve más largo”. “¿Usted cree? Había estado pensando en dejármelo crecer, pero no estaba segura, con estos calores...”. “Eso es cierto, pero creo que te haría bien para aprender a esperar y a estarte quieta”. “Gracias, Don Goyo”.

Llego a casa cuando ya está empezando a oscurecer, me preparo un té de menta y me pongo a desenredarme el pelo, lleno de sal. Tengo aún un par de horas de oler a mar y moverme a ritmos ondulados. Las disfruto. Doy un par de vueltas por mi departamento blanco, “limpiando”, moviendo objetos de un lugar a otro, sentándome y parándome, bailando con mi espacio e intentando de azularlo también, de quitarle la fría blancura con desesperación. Mis plantas me sonríen y mis sartenes me aplauden al ritmo de ninguna música. Mi arroz y mi pasta mediocre se ríen a carcajadas desde el interior del refrigerador mientras me escuchan dar pasitos de puntitas de una habitación a otra, como la grácil bailarina que nunca fui pero que pretendo ser por las noches. Mi único hermano cierra la puerta de su cuarto, para no irrumpir el flujo de mi perfecta coreografía acuática/doméstica.

“Podría esperar hasta mañana para empezar a empacar, ya es tarde y mañana hay que ir a la escuela, ¿no creen?. Sí, ya mañana nos vamos. Está bien; descansen.”

Ya mañana nos vamos, ya mañana. Ya es tarde. Sigo azul, ya mañana. Mañana después de clases, mañana después de comer, mañana después de la siesta, mañana después de pagar la renta. Ya mañana nos vamos, que emoción.

[Mañana. Mañana. Mañana ...](#)

